

www.cuadernosdelaberinto.com



www.cuadernosdelaberinto.com

Julián Ibáñez

LA SANGRE DE
LOS COBARDES



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 41
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Edición: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © ABSURDA FÁBULA
www.absurdafabula.com

Revisión de pruebas: ELENA MATA

Fotografía del autor en solapa © BEATRIZ IBÁÑEZ MORENO



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.
Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: OCTUBRE 2026

I.S.B.N: 979-13-87751-98-2
Depósito legal: M-25224-2026

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Whisky y cerveza,
la sangre de los cobardes

BUKOWSKI

www.cuadernosdelaberinto.com

L U N E S

Es morena, con el pelo corto y natural. Sus ojos son verdes, profundos, y estoy seguro de que saben reír. Tiene unos dientes perfectos. Una nariz bonita y un mentón bonito. El cuello es un poco largo, pero tiene una buena cabeza. Y sabe vestir: lleva puesto algo como violeta, holgado, y unos vaqueros ajustados, Levi's o Cimarrón.

Solo ha cogido yogures, creo que cuatro, Yoplait desnatados, si no he visto mal. Ahora toma de nuevo el pasillo central, se dirige a la bollería. La pierdo de vista.

Regreso agachado donde he dejado los botes de tomate. Hago un esfuerzo para concentrarme y reanudo mi trabajo de pegar etiquetas.

Como unos tres minutos y la veo entrar en caja. Interrumpo mi tarea de pegar etiquetas.

Deja sobre la cinta todo lo que ha comprado, los artículos de limpieza y, también,... una barra de pan integral... los cuatro yogures... un paquete de arroz... otro de espaguetis... y dos botes de tomate frito. No ha pasado por mi sección, lo que indica que ha cogido los botes de la muestra que tenemos al final del pasillo de bollería.

Entrega a Paca un billete de cincuenta. Paca le devuelve el cambio. Coge la bolsa para marcharse pero se vuelve. Sonríe a Paca indicándole los chicles del expositor. Son chicles sin azúcar, ha olvidado comprarlos. Paca echa en la bolsa cinco o seis barras de chicle y marca el importe.

No quiere engordar, ha comprado yogures sin azúcar. Intuyo que ha dejado de fumar. Claro, por eso tiene los dientes tan blancos y puede sonreír todo lo que quiera, también los tiene alineados. Los tiene perfectos.

Se va.

Me quedo sin ideas.

* * *

Matías, congestionado, rebate la estantería con los botes que acabo de colocar, a punto de echarla abajo.

—¡No tienes oídos! ¿Quién te ha mandado ponerlos ahí?, ¿quién, eh?

He colocado los botes de tomate crudo en el lugar equivocado.

Matías tiene una cabeza arrasada, y manos pequeñas de dedos cortos y gruesos como salchichitas de muestra. Es el dueño del súper. Y ahora tiene razón. Pero es un tarugo.

—Si las señoras ven las latas de tomate frito primero —me incorporo y me explico— ya no comprarán las de tomate crudo. Si han comprado una de tomate crudo, luego comprarán la de tomate frito, porque es más cómodo cocinarlo. Así doblamos el negocio.

Me estudia con ojos húmedos y enrojecidos. Su furor es inmenso. La cólera no le permite descifrar lo que he dicho.

—¡Esto es un negocio, no un deporte! ¡Yo no creo en el deporte, estúpido!

Da media vuelta y se aleja rápido para que no le replique.

No sé a qué viene insultarme. Sé muy bien que me ha contratado porque no se ha atrevido a decirle que no a su hermano; existirá alguna razón para que no pueda decirle que no, pero ese no es mi problema.

Mientras coloco los botes de tomate crudo en la estantería de abajo, pienso en la mujer de pelo oscuro. La veo de frente y de espaldas.

Trabajo ensimismado.

* * *

Minutos después:

—¿Es ese su sitio, eh? ¿Es su sitio, estúpido?

Matías coge dos botes de Cola-Cao con fibra y golpea con ellos el estante de arriba, junto a los botes de pochas la Campiña. Sus dientes rechinan.

—¿Te ha dicho alguien que los pongas ahí, eh? ¿te lo ha dicho alguien?

Sandra me dijo que pusiera los botes de Cola-Cao en el estante de abajo. Pero no se lo hago saber.

Exasperado, cambia de estante todos los botes. Solo pretende hacerme ver que él es el dueño del súper y que aquí se hace lo que él ordena. Quizás pretende, también, que quede claro que me ha empleado solo por compromiso.

—Creí que estaban mejor en el estante de abajo. Me gusta ordenar los estantes a mi manera.

—¿Eeeeh?, ¿eeeeeh? ¿A tu manera?, ¿a tu manera? ¡Tú haces lo que yo te mando!, ¡lo que te mando! ¿Entendido?

De lo único que estoy enterado es de que este es un trabajo astroso, por el salario mínimo.

—A ver si se aclara.

Ya se iba. Frena en seco y se vuelve como un rayo.

—¿Eeeehhh? ¿eeeehhhh? ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho?
¿Si me aclaro? ¿Qué has dicho, estúpido?

Viene hacia mí. Con los puños cerrados. Levanta el puño y lo agita sobre mi cabeza. Si me sacude se la devolveré.

—¡Tú... tú...tú!

Quiere decir algo pero no puede, la congestión no le permite fabricar palabras. Sus ojos, teñidos de sangre, brillan. Me he convertido en una mancha roja para él.

—¡¡Estúpido!!

De nuevo me insulta. Es demasiado.

Le sostengo la mirada. Luego me quito el delantal. Doy media vuelta y me dirijo al guardarropa, doblando el delantal con esmero. Oigo a mi espalda sonido de botes y latas cayendo al suelo. Me cruzo con Daniel que, lívido, mira sobre mi hombro.

Dejo el delantal sobre una silla; saco el bocata de la taquilla, pero decido arrojarlo a la papelera. Enfilo hacia la puerta de la calle; al cruzar delante de caja le digo adiós a Paca con la mano. Salgo.

Me detengo en medio de la acera. Pongo las manos en las caderas y respiro profundamente el aire fresco de la mañana.

* * *

Vagabundeo...

... Por Tres Cruces... Por Montoso...

Paso de súper, si he de convertirme en currito de fiambra no será por el salario mínimo, lo tengo muy claro. Elegiré como profesión... caminar por la calle... si no aprietan mucho el frío o el calor, por supuesto.

Nos encontramos a finales de junio. Serán como las diez.

Mi progenitor, cuando se entere de que me han dado puerta en el súper, se remontará. Se quitará la correa, seguro. También paso de correa. Le diré que el curre de pegar etiquetas en botes de tomate no está hecho para Andrés Galán.

Reconozco que se trataba de mi primer trabajo profesional, mi primer curre serio, con contrato; Leandro, el contable, ya me había tomado todos los datos para apuntarme a la Seguridad Social.

No es la primera vez que curro por un sueldo. Lo he hecho antes en el pimiento y el pepino, en Arcenillas y Villarralbo; también he buzoneado, y he ejercido de camarero en dos terrazas de la avenida de la Feria, pero nunca antes había currado con contrato.

Camino por San Pablo... Candelario... Y luego Diego Losada.

ELLA. Me detengo. Acabo de acordarme de ella, de la mujer de pelo negro, es que la veo, la veo como si todavía estuviera en el súper y la tuviera delante: veo cómo coge la botella de limpiacristales y la mete en la cesta... Solo la veo a ella, como si el resto del local estuviera vacío. Morena, pelo corto. Su nariz y su mentón. El cuello es un poco largo, su cabeza. Una sobrecamisa como violeta, holgada, y vaqueros Levi's o

Cimarrón, ajustados. Doy media vuelta y me pongo en marcha, he caído en la cuenta de que todavía puedo alcanzarla. De pronto me veo trotando de regreso a Tres Cruces.

La busco por las aceras, entre los coches aparcados, en la cafetería Avenida, en el parque Don Pelayo...

No la encuentro. Ya se ha ido. Lógico, han transcurrido como unos veinte minutos y lo más probable es que viniera en coche. A saber dónde vive, seguramente no muy lejos del súper, aunque, si vino en coche, puede que viva mucho más lejos.

* * *

Todavía no son las once. Faltan más de tres horas para las dos, la hora de comer, la hora de enfrentarme a mi progenitor.

Continúo caminando... Teniente Ruiz... Divino Vallés... Enfilo hacia Arapiles.

A la altura de las taquillas del Zamora, me cruzo con una señora que se queda mirándome. La reconozco al instante: es Consuelo, una de las amigas de mi madre. Trato de hacerme el loco fingiendo no haberla visto, pero se detiene y me veo obligado a detenerme también.

—Oh, ¡si eres Andresito! ¡Andresito! ¿Por aquí? ¿Adónde vas? ¿Y el supermercado? ¿No te habías puesto a trabajar en Udaco, Andresito?

—Sí... Es que me han dejado salir. Para que me dé un poco el aire.

No comprende. Al fin se aclara.

—Aaaah, permiso para un descansito —me golpea el brazo—. Claro que sí... ¿El aire? —encoge la frente, abre mucho los ojos—. ¿Te tiene que dar el aire?

—Sí. ...Es que me desmayé.

—¿Ooh? —La alarma se refleja en su rostro—. ¿Te desmayaste?, ¿te has desmayado? Pobre. ¿Y cómo? ¡Dios mío!

—Me caí y me golpeé la cabeza contra un tambor de detergente. Pero solo un poco.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios! ¿Lo sabe tu madre? ¿Y tu madre? ¿Lo sabe?

—Todavía no se lo han dicho, no la quieren asustar. Pero ya se me está pasando.

—¿Y por qué?, ¿qué te ha ocurrido?, ¿qué te ha pasado?

No sé qué decirle para que me permita continuar el deambular.

—... No sé... A mí me parece que es del corazón, una válvula o algo así. No estoy muy seguro.

—¡Dios santo!

—Bueno, a lo mejor es otra cosa. Algo del cerebro.

—¡Oh!... ¿Y...?

—No sé cómo se llama, es cuando te falta un poco de riego. Eso casi lo noto. Pero ya se me está pasando. Bueno, adiós.

Doy media vuelta y continúo mi paseo mañanero por las calles de Zamora.

Consuelo puede telefonar a mi madre y contarle que me ha visto... No, creo que hoy no lo hará. Hace como unos seis meses que ella y su marido se fueron a vivir por San Claudio, y me parece que ahora se ve poco con mi madre; tendrá un

pretexto para llamarla dentro de tres o cuatro días para preguntar por mí.

... Murillo... Las Acacias... García Acuña.

* * *

... En García Acuña se encuentra mi colegio, Colegio Diego y Covarrubias (DYC, para la tropa). Mi cuerpo y mi mente tienen querencia, por eso he venido a parar aquí. Está cerrado. Era un buen colegio, lo pasé bien, pero con un patio de recreo demasiado pequeño, con un par de canchas para jugar a veinte cosas, llenas de rayas en el cemento de diferente colores, en el recreo veinte equipos, de todas las edades, chicos y chicas, jugábamos a veinte cosas a la vez, lo curioso era que nunca nos liábamos demasiado.

Mi viejo se remontará con mi despido. Porque él es un trabajador nato, tiene una pequeña droguería en Puerta Nueva. Es don «yo trabajo desde los 14 años», seguro que habéis oído hablar de él. Por eso mismo me ha puesto a trabajar en el súper a los quince días de terminar el cole.

Yo trabajo desde los 14 años. Yo trabajo desde los 14 años. Yo trabajo desde los 14 años... ¿De veras no habéis oído hablar de él?

Supongo que Matías me empleó por recomendación de su hermano Conrado. Un favor que mi padre se vio obligado a pedir, una humillación para él.

Mi madre está loca para que siga estudiando, para que haga el Bachillerato. Aunque solo quiere que siga estudiando porque